

COMUNISTAS Y CRISTIANOS

COMUNISTAS Y CRISTIANOS

Guillermo Rovirosa



CULTURA

Ediciones Voz de los sin Voz

Presentación

Cuando los cristianos nos desentendemos de los problemas de los hombres, cuando no defendemos la fraternidad universal, la dignidad de toda persona, la justicia... otras ideologías llegan a llenar el ansia de libertad y justicia de los pobres, adueñándose de las verdades cristianas y poniéndolas al servicio de ideologías materialistas. Pasa con el comunismo y sigue pasando con el capitalismo liberal, su verdadero progenitor, ya que lo engendró con sus injusticias que siguen siendo su nota dominante.

Esta situación la vivía Rovirosa como un puñal clavado en su corazón, clavado en el corazón de la Iglesia y se esforzaba por dejar clavado ese puñal en el corazón del que quisiera escucharle.

El libro es un documento histórico escrito y pronunciado públicamente por el autor en el año 1951, en la España de postguerra -con una feroz dictadura- hablar de comunismo a los obreros, a los pobres -muchos de ellos semianalfabetos-, era jugarse la propia libertad.

La Editorial ZYX lo publicó en 1966. Hoy 45 años después lo volvemos a sacar a la luz en nuestro afán de acercar a las nuevas generaciones la aportación de Guillermo Rovirosa a la liberación de los pobres.

El responsable de Ediciones "Voz de los sin Voz"

Con la llaneza de un obrero voy a tratar de hacer ver algunos puntos fundamentales del comunismo, tal como lo ven los obreros comunistas, insistiendo particularmente en algunos de los aspectos en que menos se insiste.

COMPRENDER

Si alguien intenta enjuiciar la doctrina social católica, basándose únicamente en la realidad social de los países que se llaman católicos (y al referirnos a todos no quiero señalar ninguno en concreto), negaríamos que sobre tales consideraciones se pudiese llegar a conclusiones ciertas.

Pretextaríamos, con razón, que el catolicismo-social es un cuerpo de doctrina, y que para enjuiciarlo hay que referirse a tal cuerpo de doctrina, y no a lo que sucede en tales o cuales países.

Esta regla de honestidad que nos consideramos con derecho a exigir a los que deseen investigar nuestra doctrina social, es indispensable que nosotros también la practiquemos si queremos enjuiciar al comunismo.

Lo que pasa en Rusia, o en la China de Mao, o en los países satélites, es ciertamente muy interesante en múltiples aspectos, pero estas realidades mudables no pueden ser el fundamento adecuado para tomar una posición sólida y una actitud racional ante la doctrina. Por ello yo no seguiré este camino. Seguramente sería lo más cómodo para mí y lo más adormecedor para vosotros el sacar a relucir datos, cifras estadísticas, hechos, planes..., de los que constantemente se reciben verdaderas montañas.

La primera razón para no hacerla es la regla de honestidad a que me he referido antes; de no enjuiciar a los demás como yo no quiero que se nos enjuicie; y



la segunda (si no basta ésta) es el escaso valor objetivo que se puede atribuir a la copiosa información que sin cesar nos asedia. ¿Cómo podemos saber que cualquiera de estas informaciones es correcta?

Las que nos vienen del lado de allá del telón de acero, a través de la radio, las publicaciones comunistas extranjeras y la literatura clandestina, ya se comprende que por razones de propaganda están completamente deformadas; y las que proceden del lado de acá, tampoco nos merecen mucho crédito por juntarse en ellas la deformación con vistas a la propaganda en sentido opuesto, y a la dificultad casi insuperable de una correcta documentación. Y a base de informaciones falsas, ¿quién será capaz de encontrar la verdad?

Para combatir el comunismo se suelen emplear sus mismos métodos: la burla, la calumnia, el silencio, el ridículo, la tergiversación..., todo esto no es «fair play», no es juego limpio, y nosotros no podemos practicarlo, primero, como hombres, y, después, y principalmente, como cristianos.

Se les suele acusar de criminales, particularmente a sus militantes de primera línea, y no seré yo quien trate de justificar sus crímenes. Pero, ¿quién negará que «el partido» descansa principalmente sobre militantes fanatizados, entregados totalmente a su falso ideal, y que por él realizan con plena conciencia los mayores sacrificios, incluso el de la propia vida?

Esto es un hecho positivo y yo no puedo menos de admirarme al ver que un ideal falso es capaz de suscitar en tan gran número los actos de auténtico heroísmo que supone el entregar la propia vida en aras de la felicidad futura de los demás, cuando no se cree en la supervivencia ni en la inmortalidad del alma, cuando todo, absolutamente todo, se acaba con la vida que se ofrece en holocausto.

Se dirá que esto de entregar la vida no es privativo de los comunistas, y que también en nuestras filas se dan casos de entrega ideal. Pero yo no puedo menos de señalar la diferencia que va entre el que entrega la vida del cuerpo en la seguridad de que salva lo más importante, que es su eternidad, y el que entrega la misma vida del cuerpo convencido de que ésta constituye su único y positivo bien.

¿No sería más lógico que se diera el espíritu de entrega y de sacrificio entre los obreros católicos; que entre los obreros marxistas? Y, dejando siempre a salvo las necesarias y providenciales excepciones, ¿quién se atreverá a afirmar que, en términos generales, se dan entre obreros militantes católicos, los casos de entrega heroica al ideal en la proporción que se dan entre los obre-

ros militantes comunistas?

Estos son los hechos, y hemos de interpretarlos, ya que no podemos suponer que la causa radique en un mayor poder para suscitar heroísmos en el comunismo que en el cristianismo.

Para establecer juicios correctos es menester «comprender». Comprender el comunismo y comprender los comunistas. Ello exige un esfuerzo, ciertamente y es mucho más cómodo el no hacerlo. Pero no hay más remedio, y a ello me aplicaré durante el tiempo que me concedáis vuestra atención.

Comprender el comunismo tal como es, para explicarnos sus éxitos y sus fracasos. Comprender el estado de ánimo de los comunistas, para justificar nuestra actuación con ellos.

Para comprender hay que amar y estamos seguros de no poder amar nunca el comunismo. Pero tenemos mandato de Cristo de amar a los comunistas, pues, aunque extraviados, son nuestros hermanos.

El amor a los comunistas nos permitirá comprender el comunismo. Y una vez comprendido será mucho más fácil no dar palos de ciego.

NO HAY FILO-COMUNISTAS EN LA HOAC

Para comprenderlo como es, voy a meterme en el pellejo de un comunista, para convertirme yo mismo, en cierta manera, en marxista. Porque, evidentemente; si no lo hago así el comprenderlo me será siempre negado.

Si un panteísta quisiera comprender el cristianismo sin despojarse de su criterio panteísta, no lo conseguiría nunca, pues los «apriorismos» le vedarían la comprensión, impidiéndole el objetivarse para comprender el cristianismo tal como el cristianismo es.

Lo mismo puede decirse sobre el comunismo para quien quiera comprenderlo como realmente es; pero es posible que este esfuerzo mío pudiera inducir a error a algunos, haciéndoles pensar que soy filo-comunista, como más de una vez ha sido calumniada la Hermandad Obrera de Acción Católica, ello me obliga, como justificación previa, empezar por afirmar que en este terreno, nuestra base, nuestro sostén, nuestra fuerza descansan en la admirable Encíclica «Divini Redemptoris» de Pío XI, completada por las relativamente recientes condenaciones del comunismo por Pío XII (1).

De dichos documentos es de donde extraemos nuestra fuerza y nuestra seguridad, ya que si en algunos momentos la mente desfallece, el Espíritu Santo nos

ilumina por su conducto más normal y lógico, que es la voz del Papa, y lleva con ella la paz y la tranquilidad a nuestro corazón.

Me creo obligado a leer (y seguramente ya no leeré otros textos) dos o tres párrafos de aquella Encíclica, palabras que no se pueden apartar de la mente de los que al servicio de la Iglesia hemos sido elevados al grado, para nosotros absurdo por lo fantástico, de apóstoles auxiliares de la Jerarquía. Dice el Papa: «El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana.» Este texto es de los que no necesitan exégesis, ya que no puede ser más categórico.

Nosotros me parece que lo hemos comprendido perfectamente. No hay posibilidad de colaboración. Lo que en algunas partes se llama «política de mano tendida» entre nosotros no puede tener lugar, en ningún caso. Estamos seguros de que el comunismo es intrínsecamente perverso y con él no puede haber colaboración.

Pero aquí, quizá, puede presentarse un peligro, y es que al afirmarse tan categóricamente la incompatibilidad entre el comunismo y la Iglesia católica, alguno pueda pensar que, puesto que hoy son dos los colosos en lucha: Capitalismo y Marxismo, si la Iglesia repudia al comunismo es que está de acuerdo con el capitalismo.

La misma «Divini Redemptoris» procura no dejar lugar a dudas a este respecto, y entre otros textos de la misma Encíclica que podrían señalarse, leemos: «En nuestra misma Encíclica («Quadragesimo Anno») hemos demostrado que los medios para salvar al mundo actual de la triste ruina en que el liberalismo amoral la ha hundido, no consisten en la lucha de clases y en el terror, y mucho menos en el abuso autocrático del poder estatal, sino en la penetración de la justicia social y del sentimiento del amor cristiano en el orden económico y social.» Y añade en otra parte algo que a los obreros católicos nos afecta directamente al tomar posición como hijos de la Iglesia: «¿Qué decir de esos industriales católicos hostiles a un Movimiento Obrero que Nos mismo hemos recomendado tantas veces? ¿No es muy deplorable que se haya abusado tantas veces del derecho de propiedad reconocido por la Iglesia, para frustrar a los obreros en su justo salario y en los derechos sociales que les corresponden?» Esta es una posición clara.

Una posición limpia. Si estamos frente al comunismo ateo por ser intrínsecamente perverso, siguiendo la voz del Papa, tampoco estamos con el

liberal-capitalismo, su verdadero progenitor, ya que lo engendró con sus injusticias, que aún siguen siendo su nota dominante en lo social.

VERDAD Y ERROR

No todo lo que atañe al comunismo es falso, y el Papa lo señala en su referida Encíclica. Los ideales de justicia, de dignidad, de fraternidad y de igualdad en el trabajo, no son ciertamente condenables, y muchos siglos y antes de que naciera Carlos Marx, la Iglesia los tenía en honor, como lo atestigua la vida social de los pueblos en aquellas etapas en que el cristianismo ha sido su inspirador y su ordenador.

El error fundamental del marxismo está centrado en su materialismo y ateísmo. En estas monstruosidades que se llaman «materialismo dialéctico» y «ateísmo científico».

Ahora bien, si analizamos un poco las causas de la extensión del marxismo, nos percataremos rápidamente de que no descansan principalmente en el materialismo dialéctico, ni siquiera en la abolición de la propiedad privada, sino principalmente en sus luchas contra la injusticia capitalista y en sus promesas de dignificación de la masa obrera.

Lo más peligroso, por tanto, no son los errores del comunismo, sino sus partículas de verdad puestas al servicio del error. En esto es el comunismo verdaderamente temible.

Y aquí viene lo doloroso. Cuando analizamos las partículas de verdad que son el gancho del comunismo, nos percatamos de que tales partículas nos pertenecen, ya que donde hay verdad hay cristianismo. Porque la Verdad, con mayúscula, es Cristo, y todo cuanto hace relación con la verdad le pertenece. Y nos percatamos también que estas partículas de verdad que constituyen la fuerza de atracción del comunismo en los corazones sencillos de tantos trabajadores: la dignidad, odio a la injusticia, fraternidad y unidad laboral, fueron desechadas casi siempre como un estorbo por muchos que pretendían construir el catolicismo social, fueron margaritas arrojadas a los cerdos, por decirlo así.

Los marxistas las cogieron o hicieron con ellas bandera contra nosotros. Esta es una de las ilustraciones que aparecen bien patentes al analizar la doctrina comunista y su historia. Este es uno de los aspectos en que insistiré para poderlo «comprender». A sabiendas de que bajo ningún concepto nos es posible colaborar con él, por ser intrínsecamente perverso, nos es indispensable

ble comprenderlo.

No voy a leer datos, ni opiniones autorizadas, sino que voy a hablar por mi cuenta; aunque no hay duda de que los datos y las opiniones estarán presentes en mi mente.

Porque mi designio no es traer a vuestro corazón tranquilidad ni sosiego. No deseo que de mi intervención se desprenda una especie de conformismo y de beatitud de agua tibia. Que salgamos exclamando: ¡Qué bien estamos! Eso del comunismo es malo, es perverso; ya tenemos todos los argumentos para refutarlo; todo va bien. Ya podemos acostarnos y descansar tranquilos.

Personalmente, el comunismo es para mí un puñal que llevo clavado en el corazón, que sangra y me veda todo descanso.

Yo estoy seguro de que este mismo puñal atraviesa el corazón de Pío XII y el de toda la Iglesia Santa de Dios. Por esto me esforzaré esta noche en dejaros clavado este mismo puñal en lo más hondo de vuestros corazones, a los que todavía no lo lleváis clavado.

DOCTRINAS

INTERPRETACION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Esta parte de mi exposición será seguramente la más extensa, ya que las que siguen constituirán, en cierta manera, como unos corolarios de ésta.

Es curioso observar que en numerosas ocasiones se da el caso de que los que encuentran razones abundantes y contundentes para refutar el error en cualquiera de sus formas, caen luego, en la práctica, en los mismos errores que teóricamente se han refutado.

Tal ocurre en este caso con uno de los fundamentos ideológicos del marxismo, que es lo que suele denominarse: «interpretación materialista de la historia».

Esta «interpretación materialista de la historia» yo la estoy viendo constantemente empleada en los autores de nuestro campo que tratan del comunismo, a base de argumentos, razonamientos y conclusiones de carácter material. Cifras, datos, estadísticas, economía, etcétera. Casi estoy por decir que en este desamparo no me queda más que la «Divini Redemptoris», donde

agarrarme firmemente para estar seguro de que al comunismo no debo atacarlo en su aspecto material, sino en el netamente espiritual. Aquí es donde me siento con toda la fuerza; aquí es donde piso firme; y no atacándolo con otras interpretaciones materialistas de la historia, porque la construcción que ellos tienen es fortísima y no voy a caer en el ceпо, para atacarles, de argumentar interpretando en sentido materialista unos hechos materiales.

La fuerza nuestra no está en lo material, ni siquiera en razonamientos de carácter filosófico. Donde somos imbatibles es en lo sobrenatural. El Evangelio, he aquí el antídoto del comunismo. Y de todos los errores.

MARXISMO

Las doctrinas en los países comunistas. No podemos referirnos a otras que las de Marx, comentada por Lenin y, en algunos aspectos, por Stalin. Pero la primera noción que hay que tener bien clara es que el marxismo no es una filosofía ni un sistema social, económico o político, sino un «método».

El filósofo es el hombre que contempla el mundo y trata de explicarlo, y los comunistas afirman categóricamente que no están en el mundo para contemplarlo, sino para transformarlo.

Menos aún que una filosofía, quiere el marxismo ser un sistema. Marx, que estudió a fondo el sistema capitalista, analizando sus mecanismos y descubriendo sus puntos débiles, ni una sola vez ha tratado de descubrir cómo será la «Ciudad Comunista». No quiso ser nunca el descubridor de un sistema ideal que después empleará todas sus energías en realizarlo; sino que quiso ser únicamente un analista de la situación histórica en la que se encontraba colocado para descubrir sus leyes y su sentido y entregarse de lleno a su realización.

El verdadero marxista no es el que repite textos de Marx a diestro y a siniestro, sino el que comprende el movimiento de la historia y participa en él, juntando en una sola persona las cualidades de «sabio» y de «embajador».

El «método» marxista es esencialmente dinámico y realista, fundamentado en el racionalismo.

La razón, desprovista de «alienaciones», permite descubrir el sentido de la evolución histórica de la humanidad y percatarse en cada momento del lugar que en la evolución se ocupa y de la orientación de la marcha que se lleva. Todo lo que sea para la liberación del proletariado es progreso; y es atraso todo lo que la dificulta.

Porque el comunismo no es un sistema filosófico, ni político, ni social, ni económico, aparecen en tan mala postura los que quieren combatirle en cualquiera de estos terrenos. La cosa debe ser tan incómoda como la lucha contra un fantasma.

MATERIALISMO DIALÉCTICO

La piedra angular sobre la que descansa todo el edificio marxista no es otra que el «Materialismo Dialéctico». Esta es la creación original de Carlos Marx, y de la que se desprende toda la fuerza arrolladora de su «método». Antes de él había una separación infranqueable entre los materialistas y los idealistas, no viendo los primeros en el hombre más que materia y los segundos más que intelecto.

Marx desprecia cordialmente lo que él llama materialismo vulgar, concepción grosera que con su determinismo desposee, al hombre de toda noción de libertad. Junto con esto, él y sus sucesores, afirman netamente que la única realidad universal es la materia. ¿Cómo se compaginan ambas cosas? Aquí está la pieza maestra de Marx; su materialismo no es el vulgar; es el materialismo dialéctico.

Lo sorprendente aquí es que la dialéctica fue el instrumento principal que llevó a Hegel a los extremos del idealismo, afirmando que no hay realidad fuera de la idea, puesto que en último término todo lo material se reduce a ideas. El primer paso lo dio Feuerbach al invertir los términos a la conclusión de Hegel, diciendo: si en su última expresión se confunde la idea con la materia, y la materia es lo real, todas las ideas son un producto de la materia. Marx y Engels dieron unos pasos más y llegaron a admitir en el hombre valores espirituales, pero subsistentes por la materia, de suerte que se aniquilan al morir el hombre. Con esto devolvían al hombre su libertad, negada por el determinismo de los materialistas vulgares.

Ni que decir tiene que, como materialistas, aunque dialécticos, los fundamentos del marxismo son absolutamente ateos, con la pretensión de ateos científicos.

Admitido el materialismo dialéctico, todo lo restante de la construcción marxista se hace coherente, lógico y necesario. Como pasa con la Geometría, una vez admitido el postulado de Euclides.

MATERIALISMO HISTÓRICO

Siguiendo los principios del Materialismo Dialéctico (que podemos considerar como obra conjunta de Hegel, Feuerbach, Marx y Engels), Marx se lanzó por su cuenta al «materialismo histórico» o explicación materialista de la Historia, que constituye ciertamente la gran originalidad del fundador del marxismo.

Aquí todo se presenta coherente y lógico. El sentido de la historia aparece claramente a través de su desarrollo, caracterizado por un progreso constante de la ciencia fundamentada en el trabajo, orientada a la liberación del hombre. A medida que el hombre domina la materia mediante el trabajo se produce simultáneamente un doble fenómeno: el universo se humaniza y el hombre se universaliza. Esta construcción es fruto del esfuerzo y del trabajo de los obreros de todos los siglos, que las clases dominantes han explotado siempre en su provecho; esta explotación se hace cada vez más insoportable, al mismo tiempo que el número de explotados aumenta incesantemente en proporción inversa al de explotadores, lo cual conduce necesariamente a una toma de conciencia en las masas proletarias primero, y a la conquista del poder, después.

No puedo extenderme en detalles, pero insisto en que para los marxistas no se trata de llevar a la práctica una teoría elaborada «a priori», sino de acelerar la llegada de algo que, si bien es inevitable, puede venir apresurado o retardado en virtud del juego de la libertad humana en el movimiento de la historia. Por eso, repito, que el comunismo es fundamentalmente un «método», y como tal instruye y enseña a sacar partido de todos los acontecimientos históricos, en los que quiere juntar siempre la racionalidad con la acción.

ATEISMO

Quiero señalar que el principal punto vulnerable del comunismo, su tendón de Aquiles, no puede buscarse fuera de su ateísmo, ya que para el hombre que niega la existencia de Dios, el comunismo le da toda satisfacción. Ya podrán los filósofos burlarse de los errores filosóficos del marxismo (¿no han hecho siempre esto los filósofos unos con otros?), y los sociólogos denunciar sus defectos, y los comunistas sus absurdos, y los moralistas sus perversiones. Todo esto no ha servido hasta ahora más que para adormecer conciencias

aburguesadas, pero no ha impedido un solo milímetro el avance y difusión del comunismo. Su fuerza está en el ateísmo no sólo de los que lo pregonan abiertamente, sino de los ateos prácticos, ateos vergonzantes, tan frecuentes entre nosotros; los que no están seguros de que hay Dios, pero que quizá sí que hay «algo»... Todos estos son los cómplices conscientes o inconscientes del comunismo. Y la derrota del comunismo solamente la lograrán los que, con su vida, pregonen y afirmen la existencia de Dios.

Para el que niega a Dios, el comunismo le explica satisfactoriamente la vida y la muerte, el mal y el bien, la alegría y el dolor, y todo lo que hay que explicar. Todos los grandes interrogantes que formula la vida y que a nosotros nos contesta cumplidamente la religión, para los marxistas el materialismo dialéctico les da una explicación teórica, primero, y después la interpretación materialista de la historia les sirve de confirmación.

LA «PRAXIS» COMUNISTA

De aquí arranca la noción de «praxis» comunista, que tiende a juntar indisolublemente la acción del sabio con la del militante: por una parte conduce a un análisis lo más profundo posible de la realidad, y, por otra -y al mismo tiempo-, a una acción inmediata y enérgica sobre la misma realidad. Si le falta uno de ambos aspectos, el hombre comunista no merece todavía el nombre de tal, al que conocimiento y acción son cualidades inseparables. Conocer el sentido de la historia y participar en su evolución activamente: ésta es su tarea.

El comunismo se presenta como la toma de conciencia del proletariado. El proletario es la eterna víctima de las alienaciones impuestas por los que le han ido explotando a lo largo, de los siglos, sin que el proletario se apercibiera de ello. La misión del comunismo es hacerle descubrir las alienaciones que sufre y conocer la inmensa fuerza que en el proletariado radica, para decidirle a rebelarse. Todo ello a base constantemente de «materialismo dialéctico» y «materialismo histórico». Y no necesita más.

Hay en nuestro campo apologistas que acusan al «materialismo histórico» de abusar de las afirmaciones gratuitas, y esto es verdad. Pero, ¿qué sistema de interpretación histórica está libre de este pecado? Sobre todo cuando se trata de historias viejas.

El hombre, dicen los comunistas, empezó a ser hombre en el momento

que empezó a trabajar, no limitándose a coger las frutas de los árboles, sino que lo cultivó y construyó herramientas que multiplicaran las posibilidades de sus manos. En aquel momento empezó a ser productor, además de consumidor. Empezó a colaborar con la naturaleza, para poderla luego dominar. Y la verdadera evolución humana no es otra que la evolución de la producción: la que marca los avances y los retrocesos.

LA ALIENACIÓN RELIGIOSA

Las ideologías no son más que un producto secundario de la humanidad en evolución, y que van apareciendo en la medida que conviene a la organización económica de cada momento. Las ideologías son precisamente los instrumentos de alienación del proletariado en todas las edades.

Entre las diversas ideologías, las que más han contribuido a alienar a los obreros, tres se destacan de una manera particular; las religiosas, las basadas en el derecho de la propiedad y las construidas alrededor de la idea de patria.

Todas las religiones, dicen, no son más que un fantástico espejismo que en la mente de los hombres determinan aquellas potencias exteriores que dominan su existencia, y que en los albores de la historia fueron los elementos de la naturaleza. Ello trajo consigo el politeísmo, en el que se atribuían a cada dios una jurisdicción especial sobre cada aspecto de la vida y del mundo. Al progresar la humanidad, los atributos naturales y sociales de los diferentes dioses fueron reducidos a un solo Dios, que no era más que un reflejo de la abstracción del hombre, y apareció el monoteísmo, que tendrá fuerza sobre los hombres mientras éstos se sientan bajo el poder de elementos externos que no pueden dominar. Por eso las clases dominadoras son las primeras en perder el sentido religioso por creerse dueñas del mundo, aunque se esfuerzan todo lo posible en mantenerlo en los explotados, por ver en ello un instrumento que favorece su dominación.

La ciencia y la técnica, aliadas a la toma de conciencia de su poder, son el instrumento más eficaz para liberar al hombre de esa alienación que le somete y esclaviza a los «vividores de la religión», que viven espléndidamente a expensas de la miseria del pueblo, soportando resignadamente con la esperanza de otra vida, que ningún hecho positivo permite demostrar.

LA ALIENACIÓN ECONÓMICA

La segunda alienación padecida por los obreros es la que se deriva de la idea de propiedad. Aquí se adormece el sentido innato de justicia de los trabajadores excitando por todos los medios la codicia, con el señuelo y la esperanza de llegar a ser propietario algún día, y poder vivir holgadamente a expensas del trabajo ajeno. Por eso, dicen los comunistas, los explotadores del trabajador le ponen siempre delante los ejemplos de simples obreros que llegaron a millonarios; el obrero aspirante a millonario (dentro de una moral religiosa que le impida el robo) es el obrero ideal para que los amos del mundo puedan seguirlos dominando tranquilamente y sin peligros.

La evolución social de los últimos tiempos ha sido demasiado brutal para que hoy queden muchos obreros aspirantes a millonarios. Una cosa es que envidien a los ricos y otra que crean que dentro de los cauces actuales puedan jamás llegar a serlo.

Esta mentalidad constituye un caldo de cultivo excelente para que prenda y desarrolle el virus comunista, cuando éste preconiza no solamente la destrucción de la propiedad, sino también el exterminio de la raza de propietarios. Cuando se desprovee al hombre de valores personales eternos y de responsabilidad ante Dios, el derecho a la vida solamente puede reclamarse en función de una utilidad social. Si los propietarios tienen las máximas culpas en la explotación inhumana y en la alienación de las masas trabajadoras, ¿en nombre de qué podrán pedir clemencia cuando el poder pase inexorablemente de las manos del pequeño número de explotadores al inmenso número de explotados, cuando el comunismo haya eliminado sus alienaciones y les haya hecho ver con evidencia que son los más fuertes?

La socialización es para ellos la gran panacea. Yo no estoy aquí en estos momentos para refutar al comunismo, sino para hacer una síntesis rapidísima de los aspectos claves de su doctrina. Pero ya os dais cuenta de que todos los argumentos metafísicos que se exhiban contra la socialización, amenazando con mayores males a los que padecen las terribles penas del infierno terrenal, carecen de valor y de consistencia. En todo caso, el cambiar de infierno quizá podría llegar a constituir una esperanza para los que gimen en él. En cambio, trocad los argumentos metafísicos por argumentos físicos; sacad a los obreros del infierno terrenal y ponedlos simplemente en la tierra, vinculados a ella con

la propiedad de una casa y de unas herramientas...; hacedles, en fin, propietarios del mínimo humano que preconiza la Iglesia como indispensable para que el hombre pueda realizar los altísimos fines a que Dios lo destinó. En cuanto los proletarios se conviertan en personas poseedoras del «mínimo indispensable» podéis guardaros todos los argumentos, pues no hacen ninguna falta, para impedir que los trabajadores caigan en deseos de socialización marxista (2).

Pero mientras el derecho de propiedad sea sólo teórico para casi todos, y el ejercicio de este derecho por el pequeño número solamente se traduzcan en una vida opulenta de sus propugnadores a costa de la miseria de los que trabajan, ya comprenderéis que hacen falta pocos argumentos (o ninguno) a los comunistas para convencer a las víctimas de esta injusticia, de que son víctimas de una alienación. Esto aparece clarísimo con la fuerza brutal de los hechos evidentes.

Para los comunistas el liberarse de la alienación económica es lo primero y lo fundamental. Su interpretación materialista de la historia les hace creer que una vez dueños de los resortes económicos, todo lo demás se conseguirá fácilmente.

Pero destruir la propiedad privada no es fácil ni cómodo, como lo demuestra la historia de estos treinta y cinco años últimos. Pero la técnica se va mejorando día a día y los errores y tropiezos de los primeros años en Rusia no se han repetido demasiado en los países satélites, ni en la China de Mao. Esto explica su cambio de táctica en relación con la familia, a la que los padres del comunismo consideraban solamente como el núcleo económico fundamental, del que se derivan todos los demás. Y de este concepto nació toda su táctica, destinada a destruirla. Sus razones no eran de orden moral (o inmoral) o humano, sino económicas.

La realidad, sin embargo, con su brutalidad, los ha enseñado mucho y han visto que la familia era algo más que un núcleo económico. Y, fieles a su sentido realista, desde hace dos o tres años, han cambiado totalmente de rumbo, y hoy pueda observarse por las pantallas cinematográficas del mundo un hecho sorprendente: las películas soviéticas son todas una exaltación de los valores humanos de la familia: fidelidad, indisolubilidad, ayuda mutua, y las publicaciones y propagandistas comunistas las aprovechan para poner en contraste el mundo podrido capitalista en el que sólo están en honor los adulterios, las infidelidades, los divorcios y los abortos, como se desprende de sus películas, con la moralidad y honestidad que rodean al matrimonio en los países comunistas.

Una más de las piezas fundamentales del cristianismo que nos han robado los comunistas, como antes lo hicieron con los conceptos de justicia, de libertad y de dignidad del trabajador: que si bien la Iglesia lo ha defendido siempre, un número excesivo de llamados cristianos nos habíamos puesto de acuerdo para echar estas margaritas a los cerdos. Y los cerdos las han aprovechado.

LA ALIENACIÓN POLÍTICA

Y llegamos a la tercera alienación que sufren los trabajadores a favor de los que explotan la idea de «Patria». Los trabajadores no tienen patria, declara rotundamente el «Manifiesto Comunista». En su interpretación de la historia no les cuesta demasiado hacer ver a los proletarios que todas las guerras a las que se les lleva en nombre de la Patria acumulan la sangre, las fatigas y la muerte casi exclusivamente en los trabajadores, para los cuales lo mismo da que la guerra se gane que se pierda, mientras que los explotadores siempre salen ganando, aunque pierdan las guerras.

En resumen, la idea de Patria ha servido para la evolución histórica de la humanidad, en fases en que las guerras, con sus perturbaciones, han servido para provocar los «saltos históricos» que los marxistas consideran como vitales en el progreso de la humanidad. Pero en el estado actual, en que el proletariado toma «conciencia universal», ya carecen de toda razón de existir y hay que exterminarlas junto con los beneficiarios de esta explotación y alienación de los proletarios; lo mismo que hay que exterminar a los que medran y viven explotando la idea de propiedad y de Dios.

LA CAPTACIÓN DE MILITANTES

Repito que no estoy aquí para refutar, sino para exponer. Pero daos cuenta del poder de captación que estas ideas ejercen en los obreros. Al hablar de obreros no quiero referirme a aquellos de mis hermanos de trabajo que ocupan los lugares menos destacados en la escala laboral. He de referirme al número (más o menos grande) de obreros cuya inteligencia destaca sobre el promedio normal en la humanidad. Porque la inteligencia es un don de Dios que no se compra ni se vende con dinero; el que la tenga podrá perfeccionarla; pero a quien de ella carezca, todas las Universidades juntas serán incapaces de suministrarla.

Si los trabajadores constituimos la clase más numerosa, no hay duda que en la clase trabajadora debe haber asimismo el mayor número de inteligencias naturales. Y quiero referirme a estas «inteligencias naturales» sobresalientes a las que la sociedad mantiene inexorablemente en la categoría de «económicamente débiles». Poneos, si podéis, en su lugar; y reflexionad de qué manera las doctrinas comunistas han de caer como cantos de sirena en sus oídos.

Estos hombres son los que procura captar el comunismo con mucho más ardor que a las masas, porque con unos cuantos de éstos, la masa es suya. Estos hombres, que llevan dentro de sí el fermento (más o menos consciente) de veinte siglos de Cristianismo, el único exaltador de la verdadera dignidad del hombre como hijo de Dios y de la libertad, para la que Cristo nos libertó con la redención, ven sus ansias de dignidad y de libertad minimizadas y anuladas constantemente por una sociedad en la que los beneficiarios y explotadores de las tres alienaciones obreras son los que aparecen como los «amos» y como los únicos que tienen derecho real a dignidad y a libertad.

Estos obreros, cuyo entendimiento es capaz de asimilar un gran ideal de Verdad y de Justicia, son las víctimas más propiciatorias del Comunismo y los que les proporcionarán sus mejores jefes. ¿Qué formación ha dado a estos hombres la sociedad que los explota, para inmunizarles los oídos cuando oigan el canto de las sirenas del comunismo? La formación teológica se les dio con el Catecismo en una edad que; por privilegiadas que sean sus mentes, no podían comprender ni, por tanto, asimilar; después de la Escuela Primaria, nadie se ha preocupado más de ellos y el ambiente, que hasta hace cincuenta años los sostenía en muchos casos, es el que ahora los precipita a la «acera de enfrente». En lo social se les habla de resignación y en lo patriótico se les habla de personas, de hechos y de ideas que carecen de todo sentido real en su vida ordinaria. Y digo: se les habla, cuando en verdad es que esto de que alguien les hable ocurre muy raramente y en circunstancias en que parece que toda la mise en scène ha sido cuidadosamente preparada para que produzca exactamente los efectos contrarios a los que se pretenden.

Estos son los obreros que la HOAC quiere arrebatarse al Comunismo; y no la multitud de vencidos y de resignados, cuya vida queda casi reducida a lo vegetativo, y que son muy aptos para llenar todos los Asilos, Casas de Beneficencia, Obras de Asistencia y tantas otras manifestaciones de Amor fecundo salidas de las entrañas maternas de la Iglesia, pero a los cuales los grandes

ideales de dignidad y de libertad de hijos de Dios, la sociedad materializada los ha dejado, de momento, sin un eco en su corazón.

Cuando el Comunismo nos arrebatara los gritos de: ¡Justicia! ¡Dignidad! y ¡Libertad!, que solamente tienen sentido en los verdaderos cristianos, nos cruzamos de brazos y se los entregamos plenamente, contentándonos con oponer a la Justicia reclamada por los comunistas la virtud de la resignación; a la dignidad que ellos prometen, nosotros contraponemos la humildad, pues para algo nos llaman clases humildes, los que con esto mismo se califican a sí misma de soberbios; porque si los humildes somos nosotros, es que ellos no lo son; y si no lo son... es que son soberbios. No, señores, no. No somos humildes los obreros. Si lo fuéramos, ¿qué falta hacía la HOAC? Llevamos sobre la frente la marca, no de la humildad, sino de lo que hay más opuesto que es la humillación. No somos clases humildes, sino humilladas. El comunismo, en cambio, exalta la dignidad del trabajo hasta el mito, convirtiéndolo en centro y eje de todo su sistema, hasta llegar a crear una «Mística del Trabajo».

LA LIBERTAD

En cuanto a la libertad, voy a extenderme un poco más para intentar comprender el concepto que los comunistas «enterados» tienen de ella, comparándola con el nuestro, para hacernos cargo del valor escaso de los argumentos que por algunos de nosotros se manejan al afirmar que se carece de libertad en los países en régimen de dictadura del proletariado.

La primera diferencia esencial entre ellos y nosotros es que ellos analizan, estudian y persiguen la libertad en la masa y nosotros en el individuo.

Para nosotros la libertad es don maravilloso de Dios que permite al hombre el «completarse» a lo largo de la vida. Al nacer no somos más que una posibilidad, pues podemos libremente seguir el Plan de Dios siempre que nuestra voluntad venga determinada por la recta razón iluminada por la fe o podemos abusar de la libertad cada vez que contravenimos el Plan y los mandatos divinos. El hombre libre, según nuestro concepto, sigue siendo libre aunque se le encierre en una mazmorra, si en ella sigue determinando su voluntad según los dictados de la razón y de la fe, mientras que un hombre gozando de la plenitud de los derechos cívicos y de la fortuna, puede carecer de libertad, si su voluntad es determinada por las pasiones en vez de serlo por la fe y la razón.

Hegel definía la libertad como la negatividad del hombre, que puesto

ante determinadas circunstancias puede sobrepasarlas, y esto incluso puesto frente a sí mismo. Pero Marx no se contenta con la posibilidad de sobrepasar las circunstancias (o los hechos) cuando se ha alcanzado una comprensión de los mismos y dice que solamente se es libre (o dueño) de las circunstancias, cuando éstas son vencidas en el mismo plano de las circunstancias.



Hegel estableció una relación entre la libertad y necesidad, y para él la libertad radica en comprender la necesidad, ya que la necesidad es ciega mientras no es comprendida. La libertad no puede consistir en sueños de acción independientes de las leyes de la naturaleza, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad de hacerlas actuar sistemáticamente con fines determinados. Pero los marxistas no se conforman con la posibilidad, sino que hacen sinónima la libertad con la acción eficaz sobre lo real. Ahora bien, existen situaciones en la vida que son poco favorables para la libertad marxista. El individuo ais-

lado raramente puede tener acción eficaz sobre lo real, y menos los proletarios aislados, a los que las tres alienaciones casi han deshumanizado y convertido en objetos. Pero lo que es poco menos que imposible al individuo aislado es fácil a la masa cuando toma conciencia de masa.

En la etapa actual de evolución en los países comunistas, que es la de «Dictadura del Proletariado», la libertad no puede consistir más que en la realización del comunismo mediante una acción de masas, en la que los individuos aislados merecerán el nombre de libres si cooperan con todas las incomodidades y sacrificios, incluso la vida, en la acción eficaz sobre lo real que el Partido ha emprendido.

Yo aquí solamente expongo ideas y sé perfectamente que ninguno de los que me hacéis el honor de escucharme corre peligro de dejarse seducir por ellas, pero quiero insistir en pedirlos que consideréis el enorme valor de proselitismo que tienen éstas, que expongo cuando se lanzan a personas amargadas por la injusticia social de que son víctimas inocentes; irritados por la hipocresía

farisáica de tantos sectores sociales que debiendo ser luz son tinieblas, exasperados por el *lasciate ogni speranza* dantesco que el capitalismo liberal con sus hechos pone por emblema en el infierno terrenal a que ha condenado a la clase proletaria como tal clase, cuyos miembros no han cometido otro crimen que el delito original de ser hijos de padres proletarios.

Para nuestra mentalidad, en los países comunistas no hay libertad, pero para la mentalidad suya es allí únicamente donde los obreros tienen libertad, pues con una acción eficaz sobre lo real van construyendo el comunismo y libertando a los trabajadores de las tres alienaciones que los tienen esclavizados en todos los demás países.

LOS JEFES COMUNISTAS

Otro aspecto -el último- que voy a exponer de la doctrina comunista, del que me parece que se habla muy poco entre nosotros, es de lo que podríamos designar con el nombre de «Teoría del Jefe». Porque a simple vista sorprende que unos hombres que niegan la existencia de Dios y de todo valor que trascienda la materia, sean capaces de imponer una disciplina tan férrea y un sentido tan rígido de obediencia a los jefes. Algunos quizá aleguen como explicación el terrorismo que allí se practica y seguramente tienen razón en parte; pero por poco que se analice la situación, creo que no puede concebirse el terrorismo como razón (o explicación) única de este fenómeno.

Muchas veces se afirma entre nosotros que los obreros siguen a jefes astutos que los engañan.

O sea: que el problema lo planteamos entre una multitud neutra, por una parte, y unos jefes perversos, por otra; y esto nos lleva a la conclusión de que si se sustituyeran los jefes perversos por otros jefes ortodoxos, la dirección de la masa obrera cambiaría de sentido. Aquí no voy a discutir esto. Solamente lo traigo a colación para acusar el contraste, ya que si muchos de los nuestros afirman que las masas se modelan a semejanza de los jefes, los comunistas, en cambio, montan toda su «Teoría del Jefe» sobre la afirmación de que los jefes comunistas son la expresión de la masa.

Para ellos los valores individuales que no se proyectan en la masa, son todos falsos valores que están fuera de la realidad y que hay que destruir. Por las buenas o por las malas.

Para el comunista la masa obrera es el elemento que ha sido más purificado de

toda la humanidad (por la opresión, la explotación y la miseria de que ha sido víctima, con todo su cortejo de sufrimientos) a través de la evolución histórica, y cree ciegamente en su espontaneidad.

El hombre, como ser final de la evolución universal, encarna la Verdad. Pero considerado individualmente sólo posee partículas de verdad. En cambio, la masa la posee toda. La Verdad está en la masa. Si una masa determinada no puede pretender la posesión de la Verdad absoluta, al menos hay que reconocerle que contiene una aproximación mucho mayor que la de cada uno de sus componentes en particular. Pero, sea la que sea la cantidad de Verdad que encarna la masa, ésta es incapaz de manifestarla; carece de órgano adecuado para ello. Este órgano es el Jefe.

El Jefe es el hombre extraído de la masa que posee la facultad de «captar» la Verdad que se contiene en ella, para manifestársela en forma de enseñanzas y de órdenes. Dentro de la desigualdad humana (que los teorizantes comunistas siempre han aceptado) el Jefe es el producto más perfecto dentro de la evolución, y así como los Zahorís tienen la facultad de percibir las corrientes de agua subterránea, el Jefe es el hombre que tiene la facultad de detectar las corrientes de Verdad que hay en la entraña de la masa y que la misma masa desconoce.

De manera que, así como el individuo traspasa su libertad a la masa y solamente será libre formando parte de una masa libre, así la masa traspasa la Verdad al Jefe, cuya jefatura será real mientras él no sobrepase su papel de intérprete y no pretenda imponer a la masa su verdad personal. Es misión del Jefe, pues, el sumergirse, el estar en contacto permanente con la fracción de masa que le ha sido asignada, para ir captando, para ir compulsando opiniones, para ir recibiendo esta especie de electricidad de que está cargada la masa. Bajo estas apreciaciones, el Jefe tiene derecho a la obediencia absoluta a sus órdenes y no en razón de él mismo, sino en razón de aquellos a quienes representa y de quienes podríamos decir que extrae el jugo de Verdad que contiene, para podérselo devolver en forma de órdenes, en forma de mandatos.

Esta es la justificación de la disciplina férrea que se practica en hombres que solamente admiten la existencia de valores espirituales como una emanación de la materia, valores tan restringidos que desaparecen cuando la materia se descompone y que explica el dominio absoluto de Stalin y sus secuaces hasta un punto no alcanzado por las más famosas tiranías y que, a pesar de ello, los comunistas están seguros de que detrás del «telón de acero» está la

verdadera y única tierra de libertad para los trabajadores.

Mientras el Jefe es fiel intérprete de la Verdad, la adhesión suya con la masa y de la masa con él se manifiesta espontáneamente, y nada cuesta al Jefe obtener toda la confianza de los que capitanea, pudiendo someterlos a las pruebas más duras, en la seguridad de que soportarán con la misma tenacidad con que el emigrado de antaño lo soportaba todo en América «para hacer fortuna».

Mientras los comunistas tengan la seguridad de que con sus privaciones y sacrificios están amasando el tesoro con que libertarán a la clase proletaria y tengan confianza en sus jefes, ya comprendéis que son inoperantes las propagandas que desde los países capitalistas se les hacen, que en el fondo ellos interpretan como el ofrecimiento de una longaniza con una mano, mientras se empuña el látigo con la otra.

Stalin ha sido el más obsesionado por esta concepción del «jefe» y afirma constantemente que mientras cada jefe (alto o pequeño, cada uno en el ámbito de su jefatura) se mantenga «sumergido» en la masa que controla, y capte el sentir de la masa, y la masa comulgue con las explicaciones del jefe y se sienta interpretada en las órdenes que recibe, el Comunismo es invencible. Por eso uno de los pecados que más duramente se castiga en países comunistas es el de querer pensar por cuenta propia o actuar desentendiéndose de los demás. Esto en los simples individuos es pecado venial, pero en los jefes es pecado mortal. Sin metáfora.

DOS MUNDOS

Os dais cuenta de que son dos concepciones opuestas, la nuestra y la de los comunistas.

Nosotros afirmamos la existencia de Dios y la primacía de lo espiritual, y ellos niegan a Dios y a cualquier otra realidad no vinculada a la pura materia.

Para nosotros el valor fundamental es el hombre, único ser que tiene el privilegio de ser imagen de Dios, y todas las demás entidades tienen valor en cuanto sirven al hombre para alcanzar sus fines; para los comunistas el valor esencial radica en la masa, y el valor de cada hombre se cotiza en la medida que colabora y toma parte activa en la realización de los fines de la masa.

La dignidad, para nosotros, deriva de nuestra filiación divina; para ellos

en formar parte de una masa que ha sabido luchar y vencer las alienaciones que sobre ella pesaban, y dominar el mundo.

La libertad nosotros la consideramos como un fenómeno individual y principalmente interno; para ellos no hay más libertad posible que la que alcanza la masa cuando se ha hecho dueña de sus destinos, cuando los supuestos han sido vencidos y dominados en el plano de los mismos supuestos. El individuo aislado, dicen ellos, jamás puede gozar de libertad; únicamente la masa triunfante puede ser sujeto de libertad.

Como resumen solo quiero insistir sobre el hecho de que el mundo comunista (que desgraciadamente no es una utopía, sino una realidad demasiado palpable y tangible) y este otro mundo que se suele denominar «occidental», en el que nos encontramos nosotros, son dos mundos diferentes, en los que las mismas palabras tienen sentidos completamente distintos. Así se explica que los intentos de diálogo (tanto personales como doctrinales o diplomáticos) toman siempre el carácter incoherente y grotesco de los diálogos entre sordos. Y es que lo primero que hay que hacer es ponerse de acuerdo los interlocutores sobre si Dios existe o no. Sin resolver esto es inútil, además de estúpido, intentar cualquier forma de diálogo.

FALSA ESPERANZA

Muchos esperan desde 1917 que el monstruo comunista se devore a sí mismo. O que los pueblos sometidos a él se levanten y lo aplasten. Los que así piensan, suelen ser los beneficiarios del capitalismo, acostumbrados como están a que se lo den todo hecho, y erigirse en beneficiarios de lo que hacen los demás.

Son muchos años los que vienen esperando el hundimiento del Comunismo, mientras con sus injusticias siguen amontonando leña en la hoguera devastadora de injusticias que lo engendró.

Se alega como argumento que muchos obreros de Rusia y de los países satélites están peor que muchos de los obreros de los países capitalistas. Y se exhiben gráficos y cuadros del valor adquisitivo de los jornales, y otros «argumentos» por el estilo.

Yo creo que todo esto es candor de avestruz. El hecho es que en Alemania Oriental, en Checoslovaquia y en otros satélites, la producción alcanza

hoy índices superiores a los de antes de la guerra, y que se aproximan bastante a los de los más adelantados países occidentales. Es posible que en los países sometidos al Comunismo los obreros estén peor que antes, pero ahora la interpretación materialista de la historia les da una justificación y el Comunismo les da un ideal: el de liberarse de las clases opresoras y el de construir un estado de justicia universal. Tienen la convicción de que están libres de los que antes les explotaban en nombre de las tres alienaciones famosas. Todos los sacrificios de los obreros son ahora para los obreros.

Yo no puedo afirmar (¡Dios me libre de ello!) que la cosa es así. Yo lo que afirmo es que para un gran número de obreros las cosas son así. Como afirmo que el tormento mayor de los obreros españoles de hoy no es tanto las privaciones y necesidades que padecemos, pues a esto ya estamos acostumbrados con un entrenamiento secular, cuanto la injusticia de que ello sea en nombre de las tres alienaciones, mientras que los beneficiarios de la idea de Dios, de la idea de la Patria y de la idea de la Propiedad viven opulentamente, al menos en apariencia.

La esperanza firme y segura en el día de mañana sostiene en su lucha a los que padecen privaciones en los países comunistas y a las «quintas columnas» que bregan clandestinamente en los países capitalistas; y como contraste permitidme que yo pregunte: ¿en qué podemos fundamentarnos, para confiar en el día de mañana los obreros no comunistas que estamos en el mundo occidental?

LAS DEMOCRACIAS POPULARES

Muchos creen que lo que existe en Rusia es el Comunismo, y lo enjuician y critican como si ello fuera así. Esta creencia hace sonreír a los más ignorantes comunistas. Porque el Comunismo es la etapa final de la Revolución Universal, y no podrá realizarse hasta bastantes años después de que todos los países del mundo se hayan hecho comunistas y se hayan extirpado las más leves raicillas de las tres alienaciones.

Lo que existe en los países comunistas es la etapa previa al comunismo; la que hasta hace poco se denominaba «Dictadura del proletariado» y que ahora por razones de táctica, se denomina de «Democracia Popular». Han cambiado el nombre y algunas exterioridades, pero la «cosa» sigue siendo la misma.

En todas las mutaciones que presentan las ideas y los hechos comunistas no puede verse nunca contradicción, sino consecuencia a su «método». De lo que se trata, pues ello constituye el «sumo bien», el de acelerar el advenimiento, del comunismo integral, al que la humanidad camina, según ellos, inexorablemente. Cuando alguna idea o algún hecho lo retrasan, son malos y hay que desecharlos y sustituirlos por otros cuyo éxito demuestre que se hallan en el sentido de la historia. En realidad, todo esto es la expresión más cruda de que el fin justifica todos los medios.

LA SALIDA

De todo lo dicho sobre la doctrina comunista sólo quiero sacar una consecuencia, y es ésta: Para atacar al Comunismo en su terreno es preciso ser apóstol de Cristo. Me parece que ésta es la única posición sólida. Todas las demás no pueden apuntarse en su haber ninguna victoria substancial, hasta el presente.

Por eso nos parece indispensable en la HOAC que nuestros hombres conozcan la doctrina comunista mejor que los mismos comunistas, para arrebatarnos el «complejo de superioridad» de sus militantes cuando se ponen en contacto con los pobrecitos obreros católicos. Que uno de los nuestros les dé lecciones de comunismo tiene un poder de «choque» que no se conseguirá con diez horas de apologética. Porque el efecto psicológico que les produce ver a un obrero católico bien informado en doctrina comunista es el de ver que ellos no saben nada de «cristianismo auténtico», y el «complejo de superioridad» de creerse más enterado que el contrario se transforma en «complejo de inferioridad».

Ello adquiere la máxima importancia cuando se trata de militantes nuestros convertidos, procedentes del campo comunista. Estos, que fueron capaces de dar la vida por un falso ideal, ¿qué no darán por el Ideal de los ideales, que es Cristo? Gracias a Dios cada vez son más numerosos en nuestras filas. El antídoto del comunismo y del capitalismo y de todos los ídolos y falsos dioses no puede ser otro que el cristianismo vivido por auténticos cristianos. El cristianismo falso de los fariseos hipócritas, no solamente no vence ningún ídolo, sino que es la víctima y el escarnio de todos ellos.

Me he extendido más de la cuenta en exponer lo que a mi entender representa el núcleo central de la doctrina comunista, y por esta razón voy a hablar muy poco sobre sus Instituciones.

Aunque por lo expuesto antes ya se comprende que el carácter de las Instituciones comunistas es completamente secundario, pues se crean o se destruyen a medida que son útiles en la evolución histórica de cada momento. Lo que se dijo antes referente a la más fundamental de las Instituciones, que es la familia, es lo suficientemente ilustrativo para comprender la facilidad con que se adoptan cambios de frente y se ordenan contra marchas, si creen que ello puede ser útil a su designio final, que jamás pierden de vista: la implantación del Comunismo Universal.

La Iglesia Ortodoxa rusa, perseguida con saña, primero, y domesticada después, es otro ejemplo de su flexibilidad, sin que pueda acusárseles de inconsecuentes. En este caso parece que los inconsecuentes son los jefes de la Iglesia rusa, al someterse y entregar el primado a su Jefe del Estado declarado y descaradamente ateo.

En Rusia y en cada uno de los países satélites las Instituciones que se crean, que se anulan y que se renuevan obedecen al sentido realista característico de los marxistas. Los objetivos económicos en todo el bloque soviético son los mismos: aumento de la productividad y modernización de la agricultura; aun-

Campaña por la Justicia en las relaciones Norte - Sur

25 años...

**frente al robo
del Norte
al Sur,**

**contra
las Causas
del Hambre,
del Paro y de
la Esclavitud
Infantil,**

**por una Cultura
de la Vida,** NO MATARÁS

**organizando
PRESIÓN MORAL LIBERADORA.**

MOVIMIENTO
CULTURAL
CRISTIANO

Avda. Monforte de Lemos, 162 -28029- Madrid.
 pedidos@solidaridad.net Tlf. 91 373 40 86
www.solidaridad.net



que no hay duda de que estos objetivos tienen asimismo un importante carácter político, ya que de su éxito o de su fracaso depende el éxito o el fracaso del comunismo en la «etapa europea» en su parte oriental. En lo que afecta al aspecto industrial se sabe que durante el año 1951 los países satélites (90 millones de habitantes) han producido tantas mercancías básicas como la Unión Soviética (280 millones de habitantes).

La labor destructiva de lo que representa algún aspecto de las famosas alienaciones sigue implacablemente su camino, tomando en cada país el aspecto más en consonancia con sus circunstancias particulares. Pero después de treinta y cinco años de comunismo, ya saben bien que no basta destruir, sino que hay que construir; al menos en la medida necesaria para alimentar la esperanza del éxito final.

Conocemos la brutalidad de los métodos comunistas (consecuencia lógica de desposeer al individuo de todo valor propio que no haga referencia a la masa), lo cual les ha facilitado una tarea que de otra manera hubiera sido, totalmente imposible. Comprendemos, asimismo, que la extensión inmensa de los territorios sometidos a su fórmula les exige en cada momento un cuidado constante en la creación y la vigilancia de las instituciones que han de ser instrumento para cometidos muy diversos, aunque orientados todos en el mismo sentido y hacia la misma meta.

Por todo ello, repito, que estimo muy secundaria el valor demostrativo que pueda extraerse del hecho de que ciertas instituciones sean o parezcan copia fiel de otras análogas en los países occidentales. Lo importante es el espíritu que las anima, y a este respecto no parece que nadie pueda hacerse ilusiones de cambios de rumbo ni de atenuaciones en su agresividad radical.

LEGISLACION Y REALIDADES SOCIALES

Lo mismo digo aquí que lo que acabo de decir respecto a las Instituciones soviéticas. La legislación es oportunista y las realidades sociales tienen carácter fundamentalmente evolutivo. El nivel de vida del obrero ruso no hay duda de que ha ido progresando, aunque hoy no admite comparación con el obrero norteamericano de la misma categoría, esta comparación ellos no pueden hacerla a falta de referencias de primera mano. En cambio, comparada la situación de los obreros de la Rusia soviética de hoy con la de los obreros de la Rusia zarista hace cuarenta años, los más recalcitrantes supervivientes de

aquella época no tienen más remedio que reconocer que se ha adelantado considerablemente en todos los aspectos materiales de la vida.

NOTAS

- (1) Téngase en cuenta que esta conferencia fue pronunciada en 1951.
 (2) Hacemos notar que el autor es creador de la teoría comunitarista que se publicó tanto en la Editorial ZYX como en Voz de los sin Voz.

CONCLUSION

En este trabajo he intentado principalmente exponer los puntos básicos en que se apoya el Comunismo para pretender ser el único cauce por el que puede discurrir la masa trabajadora.

No me han interesado demasiado las estadísticas ni las realizaciones; los éxitos ni los fracasos. Todo esto, en mayor o menor escala tiene siempre carácter episódico y aquí están los veinte siglos de la Historia de la Iglesia para demostrarlo, si no bastaran para ello los treinta y cinco años de Historia del Comunismo soviético.

Lo fundamental es la doctrina que ha manifestado con hechos demasiado contundentes ser capaz de infundir en sus adeptos una fe tan segura y una esperanza tan sólida, que han podido conducir al sacrificio de la propia vida a innumerables obreros fanatizados por ella.

El ideal comunista tiene un poder de atracción irresistible en las masas proletarias embrutecidas y desesperadas por dos siglos de «oferta y demanda».

Pero se equivocan totalmente los que creen que calmar la inquietud proletaria es asunto que se resuelve exclusivamente con llenar, más o menos el pesebre.

Del fondo de veinte siglos de cristianismo sube un clamor de justicia, de libertad, de dignidad, de hermandad y de paz para todos los hombres de buena voluntad; clamor que es el eco inextinguible de la Voz Eterna del mismo Dios. Es posible que a fuerza de oír estas voces ya no les escuchemos y hallamos llegado a olvidarnos de ellos; en esto debe consistir nuestro pecado.

Y ha ocurrido que estos clamores destinados a conducir a los hombres por el camino de Dios, han sido utilizados por el enemigo para apartarlos de Dios.

No tenemos más remedio que tomar nuevamente la bandera de la dignidad, de la justicia, de la libertad, de la fortaleza y del amor fraterno, no meramente de palabra, que de esto hemos abusado y por esta razón nos llaman fariseos, sino con obras. No hay otro camino.

Y esto ha de ser la obra de los trabajadores católicos. Si la razón no nos bastara, la experiencia nos dice demasiado crudamente que las otras clases sociales solamente son capaces de practicar con nosotros (en el mejor de los casos) un paralelismo limosnero que, aplicado a los obreros conscientes, únicamente consigue humillarnos y proporcionar adeptos para el comunismo. Esto nos ha obligado a replantear todo el problema. Y nos hemos percatado de que frente a los militantes comunistas no sirven absolutamente para nada los obreritos católicos tan dóciles y tan buenecitos que se recogen en las Obras asistenciales de la Iglesia; frente a un grupo de militantes comunistas llenos de dignidad y de orgullo obrerista, de nada sirven los más numerosos ejércitos de obreros con alma de mendigo que podamos reclutar.

Nuestros militantes, en el aspecto meramente humano, han de ser -al menos- de igual calidad que los militantes comunistas y, para ello, a la «praxis» comunista, que tienda a hacer de cada miembro del Partido a la vez un sabio y un obrero militante, oponemos el «Método de Encuesta», que con el desarrollo equilibrado y armónico de las tres potencias de memoria, entendimiento y voluntad, conduce a nuestros militantes a un humanismo integral. En este sentido ya los sobrepasamos plenamente. Añadid ahora el sentido sobrenatural de sabernos «instrumentos de Dios», de lo cual nos enteramos, no a base de un Catecismo rebajado (que es lo que se suele administrar a los obreritos de las Obras asistenciales), sino profundizando con vivencia los puntos fundamentales de la Teología y de una manera particular todo cuanto se deriva del «Mandamiento Nuevo» de Cristo y de la doctrina paulina del Cuerpo Místico.

Frente al individualismo feroz y exacerbado, verdadera versión inhumana de la «Ley de la Selva» a que nos han conducido dos siglos de capitalismo liberal y frente al gregarismo de la masa comunista, levantamos la realidad del «Equipo Cristiano», en el que los componentes aspiran a formar un solo corazón y una sola alma entre sí, y con el Corazón y el Alma de Cristo.

Frente a la esperanza comunista en el Paraíso Terrenal, más o menos remoto, y frente a la miserable beatitud de los adoradores del Becerro de Oro, levantamos la realidad del Reino de Dios realizado en este mundo por los que entran de lleno en la octava Bienaventuranza: «Bienaventurados los que son

perseguidos por defender la Justicia, porque de los tales es el Reino de los Cielos.»

Frente a la opresión en que los unos basan su poder y frente al odio en que los otros fundamentan su fuerza, proclamamos el Amor Cristiano como único cimiento capaz de soportar construcciones sólidas y firmes en el tiempo y en la eternidad.

Confiamos muy poco en los discursos ni en la apologética, ni en todas las maneras de deformar la mente que se suelen agrupar con el nombre de «propaganda». No digo que lo desechemos, sino que confiamos muy poco en ello. Nuestro auxilio está en el Nombre del Señor, que prometió morar en los corazones de los que le aman, y los que le amen no son los que dicen: ¡Señor, Señor!, sino los que hacen la voluntad del Padre; los que traducen el cristianismo en «Vivencias».

La realidad nos ha enseñado que es esto el verdadero camino; nos ha enseñado que ésta es la verdadera «interpretación cristiana de la historia».

Puedes adquirir este libro en papel por una colaboración económica de 0,60 euros en tu Casa de Cultura y Solidaridad más cercana o en:

info@solidaridad.net
MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO
Librería Dersa
Avda. Monforte de Lemos 162
28029 Madrid - 0034-91-373-40-86

